

CAPÍTULO I

EL TRATADO DE LA CREACIÓN. CONSIDERACIONES INTRODUCTORIAS

1. LA CREACIÓN EN EL CONJUNTO DE LA DOGMÁTICA CRISTIANA

El tratado teológico de la creación es la parte de la dogmática cristiana que se ocupa del origen del mundo y del hombre. Es ésta una cuestión que, junto a la de Dios, resulta básica para la concepción cristiana sobre el sentido de las cosas y la existencia humana. «Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra». El primer artículo del Credo nos recuerda expresamente a todos los creyentes que el cristianismo —que es *la religión de Redención* por excelencia— es asimismo una *religión de Creación*. Entiende por tanto la Redención de los hombres por Cristo en el marco de una actividad divina abarcante, que origina todos los seres y, a través del tiempo y de la historia, los conduce providente y solícitamente hacia su consumación, es decir, hacia su perfección y destino definitivos.

La creación del mundo y del hombre por Dios es un misterio de fe. No es una simple deducción empírica que pueda coincidir sin más con los resultados de la investigación científica sobre el origen del universo. «Por la fe, sabemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible resultase de lo invisible» (*Heb 11, 3*).

La mente humana no puede abarcar por sí sola el hecho de la creación, ni investigarlo adecuadamente sin la ayuda de la fe. Lo cual no significa que la razón no sea capaz de acercarse al misterio del origen radical del mundo y esclarecerlo en alguna medida. Significa que únicamente los hombres y mujeres creyentes están en condiciones de captar sin ambigüedades la realidad de la creación en toda su hondura y en todas sus consecuencias.

Cuando la Sagrada Escritura habla de la creación del mundo y del hombre y cuando la Iglesia y los cristianos la afirman en el Credo no enuncian simplemente una verdad cosmológica, sino que hacen una *confesión de fe*. Decimos en ella que existe un único Dios, causa soberana del mundo, cuyo impulso es el amor. Poder y Amor divinos se encuentran efectivamente en la base de la creación. Crear quiere decir sobre todo producir el bien: hacer que el bien exista. Afirmar la Creación es un modo de alabar a Dios.

La Creación establece además la relación correcta entre Dios y todo lo que sale de sus manos amorosas y omnipotentes. Quien confiese esta verdad cristiana declara con ello que el mundo no es algo último o definitivo, y que no se explica a sí mismo ni por sí mismo.

La pregunta sobre el origen absoluto de todas las cosas es esencial y muy característica en la Sagrada Escritura, que, además de hacerse la pregunta, proporciona también la respuesta. «En el principio hizo Dios el cielo y la tierra» (*Gén 1, 1*). Las enseñanzas bíblicas, que expresan y comunican la Revelación sobrenatural de Dios a la humanidad a través del pueblo judío, se distinguen claramente en este punto del pensamiento griego. La reflexión desarrollada en la filosofía pagana clásica nunca se planteó directamente la cuestión de la procedencia del mundo y su razón de ser. Era ésta una interrogación ajena, por no decir ininteligible, a la mente griega.

Los griegos se adherían firmemente a la idea de un cosmos eterno, permanente e inmutable, tanto en su estructura esencial como en su composición. Este cosmos imperecedero simplemente *existe* y su existencia se percibe como un *hecho* obvio y necesario. El cosmos es aquí un dato final, más allá del cual no pueden penetrar la razón ni la imaginación humanas. El movimiento que se percibe en el cosmos se limita a un proceso continuo y circular de nacimiento y corrupción. Pero el cosmos mismo, entendido como un todo, sería inmutable.

El cosmos es por tanto en esta concepción un ser de períodos cíclicos, necesario e inmortal, y la pregunta sobre su origen vendría a ser un interrogante sin sentido.

La Revelación bíblica se inicia, por el contrario, con un relato sobre la creación del mundo por Dios. La Biblia insiste de ese modo sobre la contingencia del mundo, es decir, sobre el hecho de que el mundo podía no haber existido, dado que su existencia no se encuentra incluida en el ser de Dios.

A la luz de estas consideraciones podemos entender mejor la importancia decisiva del misterio de la Creación en el edificio de la doctrina cristiana. El misterio redentor que se encuentra en el centro del

anuncio evangélico presupone absolutamente la Creación, que no es por tanto una simple antesala o prólogo neutro de la historia de la salvación, a modo de escenario en el que fuera a desarrollarse el drama de la Redención. La Creación es parte de la *historia salutis*.

«Os predicamos que abandonéis estas cosas vanas y os volváis al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay» (Act 14, 15-17). La Creación es el fundamento de la catequesis de San Pablo. Constituye para él el primer paso para poder anunciar a Jesucristo. El anuncio de la salvación en Jesús presupone la fe en la creación del mundo y del hombre por Dios.

La honda conexión del misterio de la Creación con los demás misterios de la Revelación cristiana nos permite unirlos a la vez y diferenciarlos dentro de una única perspectiva o visión dogmática de conjunto. Cada verdad o artículo de fe ocupa el lugar que le corresponde, se ilumina desde las otras verdades y ayuda a percibir el sentido que se atribuye a éstas. La exposición sistemática de los misterios ha de tener en cuenta estos principios, con el fin de no ocultar nunca la unidad del Credo, y para respetar también el lugar inamisible que cada misterio ocupa.

2. EL OLVIDO MODERNO DE LA CREACIÓN

Algunos planteamientos teológicos de las últimas décadas no han conseguido respetar siempre el carácter específico del tratado de la Creación y ha habido concepciones sistemáticas que le han negado un lugar propio y bien delimitado en la presentación orgánica del dogma cristiano. Diversos sectores de la teología han llegado a estimar que el tema de la Creación del mundo y del hombre debía integrarse en los tratados de Dios y en la antropología sobrenatural, y que por tanto no había lugar claro en la dogmática para un tratado de creación propiamente dicho.

Aunque esta tendencia se halla en vías de superación, permanece todavía un clima de opinión teológica que devalúa la significación y la centralidad del misterio de la Creación y juzga secundario el tratado que la representa y expone.

Las causas de esta situación no son fáciles de determinar con precisión y detalle. Pero pueden enumerarse algunas como parte de un diagnóstico cultural y religioso que resulte orientador.

El tratado de la Creación ha visto condicionada su importancia y entorpecido su desarrollo por influjo indirecto de una concepción teo-

lógica de origen protestante, que concede a la Redención una centralidad excluyente y en perjuicio de la Creación. El pensamiento religioso nacido de las nuevas doctrinas formuladas por Lutero en el siglo XVI opone dialécticamente Creación y Redención, es decir, no las concibe como partes integrantes de un único designio divino de salvación, y con el fin de acentuar el carácter decisivo de la segunda devalúa drásticamente la primera. La Creación no es para los protestantes un misterio verdaderamente significativo en la Revelación cristiana. Posee a lo sumo un cierto peso específico que queda oscurecido por la Redención. La restauración honda que la Creación y el hombre mismo necesitan como consecuencia del pecado hace irrelevante el mundo natural bajo un punto de vista teológico. Este planteamiento se desliza en una dirección dualista —materia y espíritu, hombre fenoménico y hombre espiritual— y ha ocasionado y ocasiona una severa hipoteca para la doctrina cristiana de la Creación, que ve así reducida su sustantividad y comprometido su lugar en el edificio dogmático.

Lo que se ha llamado ‘eclipse’ teológico de la Creación deriva en segundo lugar de la escisión entre teología y ciencia, ocurrida en Occidente a lo largo del siglo XVII. Aunque no debe descartarse una cierta motivación religiosa entre los principales filósofos y representantes iniciales del pensamiento científico moderno, muchos de los cuales eran creyentes, se impone de hecho entre ellos una concepción mecanicista del mundo, en la que la causalidad divina desempeña crecientemente una función decorativa.

Se introduce así una cuña de separación cada vez más formidable entre el mundo y Dios. El mundo se concibe como un todo *a se* y la operación divina sobre el universo deviene superflua, o se menciona como una referencia vacía de sentido concreto, por parte de unos científicos que todavía conservan vestigios de fe cristiana. La religión y la creencia se circunscriben al ámbito interior de la conciencia religiosa y el mundo material. La Creación como obra divina se abandona en manos de la física y de la técnica. Se deja así paulatinamente de percibir que la primera determinación fundamental de las cosas existentes no es su carácter de *naturaleza* sino su condición *creatural*. Para la ciencia moderna, el mundo deja de ser *creatura* y se convierte en *natura*.

Este proceso ha oscurecido, por lo menos, la relación correcta entre Dios y el mundo, y en ocasiones ha hecho de la naturaleza un absoluto con pretensiones de suplantar a Dios. Los efectos a corto y largo plazo sobre una teología de la Creación sólo podían ser negativos.

La afirmación del mundo y del hombre como creación de Dios ha encontrado, en tercer lugar, serias dificultades para abrirse camino en

un universo cultural que desde la Ilustración del siglo XVIII es particularmente sensible a la idea de una autonomía del hombre entendida radicalmente. Una concepción límite de la autonomía humana, que arranca del plano moral (Kant), y se recrudece en la llamada segunda Ilustración (Feuerbach, Nietzsche), acaba percibiendo a Dios Creador como un competidor del hombre. En esta situación intelectual y religiosa, una doctrina de la Creación, que habla de la dependencia del mundo y del hombre respecto a Dios, se entiende inevitablemente como una amenaza a la libertad absoluta que se postula para la voluntad humana. La significación más honda del pecado es que el hombre niega su condición de criatura, porque no quiere aceptar los límites que tal condición implica. El hombre no quiere ser criatura, no quiere ser dependiente. Porque interpreta su dependencia del amor creador de Dios como una imposición exterior.

Resulta entonces imposible en este marco hablar de Creación, según el profundo sentido de la divina y mundanal realidad que este misterio implica, y aunque los extremos puntos de vista mencionados no hayan obtenido un predominio general, lo cierto es que la sensibilidad de incontables hombres y mujeres contemporáneos se encuentra consciente o inconscientemente influida por esa visión reduccionista. Una consecuencia es que la idea del Padre creador se difumina, porque no se acepta a un Dios al cual deba dirigirse el hombre de rodillas: se prefiere hablar sólo de *relación de amistad* con el hombre Jesús.

Hemos de mencionar finalmente, como un motivo de la relativa crisis que ha sufrido el tratado de Creación en el ámbito mismo de la teología católica, el empobrecimiento bíblico y propiamente teológico que se refleja en algunos manuales de este siglo. Aunque la mayoría de ellos demuestran un notable nivel de rigor conceptual y han logrado transmitir adecuadamente los contenidos doctrinales imprescindibles, carecen de una suficiente fundamentación escriturística.

Se trata desde luego de una deficiencia comprensible, si tenemos en cuenta el período en el que fueron escritos. Pero la ausencia de una base bíblica extensa limita objetivamente la envergadura teológica de estas obras. Predomina además en ellas el análisis filosófico de los conceptos, de modo que a veces más parecen teodiceas que teologías de la Creación. La Creación como misterio de fe queda relegada a segundo plano y los indudables aciertos conseguidos en la presentación de los aspectos nocionales del dogma no llegan a compensar el déficit metodológico.

3. LA RENOVACIÓN DEL TRATADO

Podemos afirmar, sin embargo, que el llamado ‘eclipse’ de la Creación comienza felizmente a ser un hecho del *pasado* aunque se trate de un pasado nada lejano.

Consciente de la importancia de este misterio central del cristianismo, la teología de la Iglesia se esfuerza hoy en destacar la centralidad religiosa que debe tener, y lo hace con datos y perspectivas que auguran buenos resultados.

Decisivos en esta renovación han sido los logros conseguidos por la ciencia exegética durante los últimos decenios. La exégesis solvente ha sido capaz de ofrecer una teología bíblica de la Creación, que hace posible y asegura el desarrollo de una exposición dogmática cada vez más detallada y coherente.

La actual profundización teológica en el misterio de Dios constituye el telón de fondo para un desarrollo adecuado del tema de la Creación, que arranca de la Trinidad y apunta hacia la consumación escatológica de todo lo creado. La consideración del lugar del hombre en el universo que habita y su condición de centro de la creación permiten armonizar correctamente los aspectos teológicos y antropológicos de un tratado en el que, siendo Dios el referente fundamental, se exige además un atento examen de la criatura que ha sido creada a su imagen y semejanza.

El actual interés despertado por la teología de la tierra y las cuestiones ecológicas no sólo no ha restado importancia al artículo cristiano de la Creación sino que, por el contrario, ha reforzado su sentido teológico y su repercusión cultural.

Las relaciones entre ciencia y teología tienen en el tema de la Creación un capítulo de particular importancia. La Creación del mundo y del hombre ha devenido una cuestión fronteriza central, cuyo examen se beneficia del clima positivo y distendido que caracteriza el actual momento del diálogo entre ciencia y religión.

Superados en gran medida enfrentamientos y malentendidos de épocas anteriores, y disminuidos los prejuicios antirreligiosos de un cienticismo ideológico, se revelan cada vez más fecundos los contactos entre teólogos y científicos, para clarificar, dentro de un marco único de sentido, cuestiones como el origen del universo, la aparición de la vida, la singularidad del hombre, la significación y finalidad del mundo, etc. «No se trata sólo de saber —ha dicho Juan Pablo II— cuándo y cómo ha surgido materialmente el cosmos y ha aparecido el hombre; se trata también de descubrir qué sentido encierra tal origen, si lo preside el

caos, el destino ciego o bien un Ser trascendente, inteligente y bueno, llamado Dios»¹.

4. EL HORIZONTE CREACIONAL DE LA TEOLOGÍA Y VIDA CRISTIANAS

Los factores que hemos enumerado determinan la importancia creciente del misterio de la Creación y han contribuido poderosamente a rescatarlo del relativo olvido en el que ha sido mantenido por algunos sectores de la teología. El anuncio de la Creación debe llevarse enérgicamente a la catequesis, la predicación y la actividad teológica de la Iglesia. El hombre contemporáneo necesita escuchar este mensaje, que, aunque puede ser ocasionalmente resistido por una razón y una voluntad absolutistas, es a fin de cuentas un mensaje liberador, porque demuestra a la persona el sentido de su existencia y le ayuda decisivamente a conservarlo.

El cristiano debe asimismo fomentar su devoción hacia el Dios, Padre de Jesucristo, que ha creado el cielo y la tierra. La Creación desempeña un papel fundamental en la espiritualidad bíblica y en la piedad de los primeros cristianos, pero no ha alcanzado la misma resonancia en todas las épocas de la Iglesia. Los autores de los *Salmos* no se limitan a afirmar con hondo entusiasmo religioso que «los cielos cantan la gloria de Dios» (*Ps* 18, 2). El pensamiento y la realidad de la Creación son un estímulo directo y poderoso que mueve su piedad, la eleva y les ayuda a ellos a crecer en amor de Dios. Sin tener en cuenta la devoción hacia Dios Creador que la impregna, la piedad bíblica resultaría muy difícil de comprender.

La idea de la Creación y un tierno sentimiento hacia el Creador están presentes asimismo en las primeras manifestaciones de devoción cristiana. Tanto en momentos de tranquilidad como de tribulación, los cristianos de Jerusalén invocan y agradecen al Creador su providencia y solicitud. «Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos...» (*Act* 4, 24). Es evidente que los cristianos del tiempo presente necesitamos recuperar esta referencia teológica y espiritual de tanto alcance para nuestra mejor comprensión del Credo que confesamos, y para conducir gozosamente nuestras vidas en la Presencia del Padre Creador de cielos y tierra.

«La revelación cristiana manifiesta realmente una extraordinaria riqueza acerca del misterio de la creación, signo no pequeño y muy

1. *Insegnamenti* 9, 1 (1986) p. 37.

conmover de la ternura de Dios hacia el hombre... Ojalá nuestra reflexión nos conduzca al descubrimiento de que, en el acto de la fundación del mundo y del hombre, Dios ha sembrado el primer testimonio universal de su poderoso amor, la primera profecía de la historia de nuestra salvación»².

5. DESARROLLO HISTÓRICO DEL TRATADO DE LA CREACIÓN

La constitución del tratado sobre la Creación según una estructura aproximada a la que hoy conocemos data del siglo XIX. Los contenidos básicos de esta estructura se hallan ya presentes, como es lógico, en las obras de los primeros teólogos cristianos, pero la *forma* sistemática que cristalizará en la manualística de los siglos XIX y XX comienza a dibujarse solamente en la Escolástica de los siglos XII y XIII.

La doctrina de la Creación encuentra un lugar importante en las colecciones medievales de *Sentencias*, que tienen como precedente inmediato las *catenae* y los florilegios patrísticos. Estas *Sentencias* son en realidad una reunión o compilación de tesis, cuestiones y tratados expositivos, formada con textos de Padres de la Iglesia, autores eclesiásticos, y colecciones canónicas, organizados en forma de sistema.

La obra más importante de este género es el *Libro de las Sentencias*, compuesto en la segunda mitad del siglo XII por Pedro Lombardo (1100-1160). Esta compilación, que será el libro base para la enseñanza de la teología a lo largo de la Edad Media, comprende cuatro partes, que se ocupan respectivamente de Dios, las criaturas, Jesucristo y los Sacramentos. Es un esbozo próximo de lo que serán las *Sumas* de los siglos XIII y XIV, y un precedente más remoto de los futuros manuales de Teología.

Pedro Lombardo expone brevemente la noción de creación en el libro segundo, que aborda también cuestiones relativas a los ángeles, origen del mundo y pecado original.

Las *Sentencias* han sido el libro más comentado en la historia de la Teología cristiana, después de la Biblia. En el desarrollo de estos comentarios se encuentra el origen de las *Sumas de Teología*, un género nuevo que es inaugurado por el franciscano Alejandro de Hales a comienzos del siglo XIII.

La *Suma* de Santo Tomás de Aquino es obra de madurez y sistematiza los temas de Creación con arreglo a criterios precisos. Predo-

2. *Ib.* 38, 40

mina lo nocional en el tratamiento de las cuestiones, pero el autor no olvida algunas implicaciones de lo que hoy denominamos *historia de la salvación*.

Las materias relativas a la Creación aparecen dispersas en las dos primeras partes de la *Suma*. La primera parte incluye las cuestiones acerca de la Creación en general (qq. 44-49), los ángeles (qq. 50-64; qq. 106-109), el gobierno divino del mundo visible (qq. 65-74), y el hombre (qq. 75-89). El estado de justicia original en el que fueron constituidos Adán y Eva es tratado en las cuestiones 94-102. El pecado original originante se examina en la parte segunda, a propósito del pecado de soberbia (qq. 163-165).

Los teólogos postridentinos desarrollan más extensamente las tesis relativas al estado de justicia original y a las consecuencias del pecado de Adán en su descendencia. Se perfila así lentamente la estructura del tratado de Creación tal como aparecerá en los manuales de nuestro siglo. Las tesis que forman el precedente del tratado no sólo incluyen por tanto las cuestiones sobre la Creación propiamente dicha, sino también los temas relativos a lo que más tarde se llamará antropología teológica. Estos temas adquirirán en el conjunto una importancia decisiva y harán de la doctrina de la Creación una disciplina teológica centrada en el ser humano, imagen de Dios y señor del mundo creado.

El jesuita italiano Giovanni Perrone (1794-1876) aglutina en su *De Deo Creatore* (1842) casi toda la materia del moderno *Deo Creante et elevante*: De Angelis (I) —De Mundo (II) —De Homine (III). La parte III comprende la creación del hombre, la justicia original, la caída de Adán y Eva, la propagación del pecado original, sus efectos, y la vida futura del hombre.

Es opinión común que el también jesuita Domenico Palmieri (1829-1909) publica el primero un tratado teológico con el título de *De Deo Creante et Elevante* (1878), con un contenido que corresponde ya al de los manuales que estarán en uso hasta los años 60 de nuestro siglo.

Un análisis somero de estos manuales produce la impresión de que el conjunto se ha formado mediante la yuxtaposición de dos tratados —Dios Creador y Dios Elevante—, que permanecen intactos y relativamente extrínsecos el uno al otro. Los contenidos de *Dios Creador* se asemejan a una introducción predominantemente filosófica a *Dios Elevante*. Son tesis de teodicea cuya confirmación se busca en la Revelación.

La Creación se describe como una premisa de la elevación, y en las cuestiones relacionadas con la ciencia predominan un tono apoloético y un método concordista.

No ha de olvidarse, sin embargo, la importancia sistemática de la obra publicada por el alemán M.J. Scheeben († 1888) en el año 1877. Este tratado de la Creación es uno de los más completos acerca del tema de entre todos los editados a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se ha dicho que, en la obra de Scheeben, el rígido sistema escolástico «se transforma en un organismo lleno de vida», de modo que «sobre los dos capítulos dedicados a la doctrina general y particular de la Creación se estructura como tercero y supremo la doctrina sobre el orden sobrenatural, de forma que la Creación aparece como fundamento de la gracia, y ésta como perfección de la Creación. Ciertamente, esta disposición estaba ya prefigurada en algunos escolásticos, pero en ellos no se considera aún como expresión de la unidad orgánica que rige el orden universal, natural y sobrenatural»³.

El tratado de Scheeben influye notablemente en el publicado por M. Schmaus en 1954, que mantiene la estructura de los manuales en uso, pero adopta un método expositivo más flexible e incorpora con profusión y acierto numerosos testimonios de la tradición patristica y teológica⁴.

Dos exponentes destacados de la manualística que se desarrolla en la parte primera de nuestro siglo son F. Diekamp⁵ y J.F. Sagués⁶. La obra de éste, aunque aquejada de las limitaciones escriturísticas propias del momento, resulta valiosa por el gran acopio de datos útiles y el rigor expositivo y conceptual.

M. Flick y Z. Alszegehy son autores de un extenso manual, que busca y en parte consigue inaugurar una nueva época⁷. La adopción de un enfoque propiamente teológico resulta en una mayor unidad del tratado y ayuda a destacar el nexo lógico entre las diversas partes. Se introduce para lograrlo una *perspectiva histórico-salvífica*, que toma su inspiración en lo que ha sido la forma más con natural al anuncio de la fe cristiana y a la exposición ordenada de los misterios salvadores en los Símbolos de la Fe.

Debemos mencionar asimismo la obra *Mysterium Salutis*⁸, que expone con brevedad la doctrina de la Creación, como protología, den-

3. L. SCHEFFCZYK, *Historia de los Dogmas. Creación y Providencia*, Vol. II, Madrid 1974, p. 140.

4. Cfr. M. SCHMAUS, *Teología Dogmática, II. Dios Creador*, Madrid 1959.

5. La primera edición de su *Dogmática* data del año 1912. La obra ha sido posteriormente revisada y ampliada por K. JÜSSEN: *Katholische Dogmatik*, Münster 1958-1959.

6. *De Deo Creante et Elevante, Sacrae Theologiae Summa, II*, 3.^a ed. Matriti, 1959.

7. *Il Creatore. L'inizio della Salvezza*, Firenze 1961. Existe traducción española con el título de *Los Comienzos de la Salvación*, Salamanca 1965.

8. J. FEINER y M. LÖHRER (eds.), *Mysterium Salutis. Manual de Teología como historia de la Salvación*, Vol. II, Madrid 1969.

tro del marco de la antropología teológica (tratado de la caída del hombre y de la gracia), y claramente subordinada a ésta. El tratado de la Creación se ha convertido aquí en una simple función de la antropología sobrenatural.

Opción muy diferente es la adoptada hace pocos años por Juan L. Ruiz de la Peña ⁹, que atribuye a la doctrina de la Creación la importancia que por sí misma le corresponde en el conjunto de la teología dogmática. Su manual expone únicamente las cuestiones relativas a la Creación del mundo por Dios, y los temas que se consideran estrechamente vinculados a la concepción creacionista (la experiencia del mal, la crisis ecológica, y las relaciones fe-ciencia). El autor reserva para otro tratado distinto la Creación del hombre y de la mujer, así como las cuestiones básicas de antropología teológica ¹⁰.

El manual de L. Ladaria ¹¹ constituye, en cambio, un tríptico en el que se estudian sucesivamente la Creación del mundo y del hombre, el estado original y la caída de Adán y Eva, y la doctrina de la gracia. La inclusión de estos contenidos en un único manual relativiza y limita el peso específico propio de la doctrina de la Creación.

6. LA DOCTRINA DE LA CREACIÓN Y SU RELACIÓN CON LOS DEMÁS MISTERIOS CRISTIANOS

Todos los tratados propiamente teológico-dogmáticos, es decir, los relativos a la Trinidad de Dios, la Creación, la Gracia, la Escatología, la Redención, la Iglesia y la Mariología, dicen relación a Jesucristo, que es la luz y el centro de la salvación. La revelación no es el desvelamiento de una idea, sino que se apoya y realiza en hechos, «Creación, Revelación, Encarnación, Resurrección, Iglesia», que son otros tantos misterios cristianos, destellos y manifestaciones del único gran misterio de Dios.

Todo en la historia de la salvación apunta a Jesucristo, y la Teología tiene por lo tanto una estructura cristocéntrica. Lo recuerda el Concilio Vaticano II cuando recomienda una articulación adecuada de las disciplinas teológicas, de modo «que todas ellas concurren armoniosamente a abrir cada vez más las inteligencias al misterio de Cristo, que afecta a toda la historia de la humanidad e influye constantemente en la Iglesia» ¹².

9. J.L. RUIZ, *Teología de la Creación*, Santander 1986; 3.^a ed. 1992.

10. J.L. RUIZ, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander, 2.^a ed. 1988.

11. L. LADARIA, *Antropología teológica*, Madrid-Roma 1987.

12. Decreto *Optatam Totius*, n. 14.

Este cristocentrismo no convierte, sin embargo, a Cristo en un centro absorbente de todos los demás contenidos dogmáticos. La *vis atractiva* de Jesucristo en la dinámica de los dogmas cristianos no debilita ni hace irrelevantes ni meramente secundarios los artículos de la Fe que no son directamente cristológicos. Les confiere, por el contrario, su plenitud de sentido y su alcance en el conjunto de la economía divina de santificación y salvación. La hegemonía y primariedad de las afirmaciones cristológicas no privan de relevancia salvífica a la Iglesia; la única mediación de Cristo no vacía de importancia la intercesión singular de María y el incomparable peso de su servicio materno a la Redención; la Redención operada por Jesucristo no elimina, en fin, el significado teológico de la Creación como misterio cristiano de primer orden.

La Creación del mundo y del hombre por Dios es el primer episodio de la *historia salutis*, que se plenifica a partir de las misiones del Hijo y del Espíritu Santo. Dios pone en juego y manifiesta todos sus atributos en el misterio de la Creación, que no es solamente un resultado libre de su omnipotencia sino también y sobre todo una expresión exuberante de su Amor.

La Creación equivale así a una protología. Es la producción de un mundo habitado por el ser humano que debe perfeccionarlo o, si se quiere decir de otro modo, la vocación a la vida de un hombre y una mujer a quienes es entregada la tierra como morada y tarea hasta la consumación escatológica, que se traduce en la Resurrección, con los nuevos cielos y la nueva tierra.

El mismo Dios Creador dirige, mediante su Providencia, todo lo creado hacia su perfección última. Es, en Jesucristo, Señor de lo primero y de lo último. La Redención obrada por Jesús restaura la Creación, que se ha visto afectada por el pecado del hombre, y desemboca en el misterio de la Iglesia, creación nueva.

La perfectibilidad y contingencia del mundo visible en el que vive asignan al hombre una misión, que constituye un aspecto de su vocación, querido positivamente por el Creador. La teología de la Creación trae consigo serias consecuencias para la antropología cristiana, porque nos trasmite, en primer lugar, una correcta visión del ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios. Nos facilita además las líneas fundamentales de una espiritualidad, que arranca de la bondad del mundo creado y contiene el mandato de tomarse en serio las cosas de la tierra, que no han perdido su valor a pesar del pecado.

Los grandes temas cristianos resuenan por tanto en el misterio de la Creación, que no puede ser olvidado sin devaluar la historia y convertir la economía divina de salvación en una gnosis.

7. ESTRUCTURA DEL PRESENTE MANUAL

Los manuales de Creación en uso suelen adoptar opciones diferentes, tanto para determinar su contenido como para estructurarlo. Algunos se ciñen a desarrollar la doctrina acerca de la Creación propiamente dicha, sin extenderse a la consideración de la criatura humana, cuyo tratamiento suele reservarse entonces para el tratado de gracia.

Otros manuales tratan brevemente de la Creación, a modo de prólogo de una exposición que comprende principalmente el estudio del hombre después de la caída original.

El presente manual ha procurado una síntesis entre estas posibilidades sistemáticas. Ha intentado recuperar los aspectos positivos de la metodología que vincula en el tratado de la Creación los aspectos cosmológicos a la perspectiva antropológica. La doctrina de la Creación se inscribe en la *historia salutis*, que incluye necesariamente al hombre y a la mujer creados por Dios, y en este sentido no se presenta como una verdad separada. El hecho de que encierre un peso específico indudable bajo un punto de vista teológico, no autoriza, sin embargo, a considerarla como una sección autónoma de la teología dogmática.

Parece oportuno, por lo tanto, que una única perspectiva teológica abarque la creación del mundo y la consideración del hombre, que sólo en el marco de esa creación deviene inteligible. Nuestra exposición no aborda con amplitud y detalle el estudio del ser humano por sí mismo, que debe reservarse al tratado de antropología teológica propiamente dicho.

Se incluyen, como es lógico, asuntos que son decisivos para comprender el alcance del misterio de la Creación, tal como hoy es propuesto por la Iglesia. Se encuentran principalmente entre ellos el tema de la Creación y sus relaciones con la ciencia, con el que se cierra la primera parte de esta obra. Debe mencionarse asimismo el estudio de la vocación del hombre en el mundo creado, y las reflexiones teológicas que suscita el cúmulo de cuestiones englobadas bajo el nombre de ecología.

BIBLIOGRAFÍA

O. SEMMELROTH, *El Mundo como Creación*, Madrid, 1965.

R. GUARDINI, *Mundo y Persona*, Madrid, 1963.

J. RATZINGER, *Creación y Pecado*, EUNSA, Pamplona, 1992.

A.H. ARMSTRONG-R.A. MARKUS, *Fe cristiana y Filosofía griega*, Barcelona, 1964.

EL MISTERIO DE LA CREACIÓN

- M. FLICK, *La struttura del Trattato 'De Deo Creante et Elevante*, Gregorianum 36 (1955) pp. 284-90.
- G. COLOMBO, *L'insegnamento della teologia dogmatica alla luce del Concilio Vaticano II*, La Scuola Cattolica 95 (1967) pp. 3-33.
- La Teología de la Creación en el siglo XX. La Teología en el siglo XX*, Madrid, 1970, vol. III, pp. 26-46.